

EL MUNDO

Miércoles, 27 de agosto de 2003. Año XV. Número: 5012.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

El Protocolo de Kioto y el calor del verano

HENRY KAMEN

La intensa ola de calor que Europa ha experimentado durante las últimas semanas no es motivo de regocijo. Cientos de personas mayores han fallecido (las cifras para Francia solamente son de unas 3.000), el fuego ha destruido miles de hectáreas de bosque, la sequía ha dañado gravemente los cultivos y ha arruinado a muchos productores. Como en cualquier época de desolación, los profetas del desaliento no han perdido la oportunidad de anunciarnos que el fin del mundo está cerca. No existe un tema más querido por la gente que el tiempo y los profetas lo han explotado al máximo, con la generosísima ayuda de los periodistas televisivos, deseosos de información durante la estación de vacaciones.

Los titulares de los periódicos de algunos países han sido espectaculares. De América a Asia, los periodistas han consultado a los así llamados expertos, y han hablado con miembros de grupos ecológicos. La imagen que han creado basta para que cualquier humano sensato, sufriendo día y noche el intenso calor y humedad, acepte que nos dirigimos hacia el desastre total y al final de la civilización. Un experto que trabaja para Greenpeace en Francia afirmaba que «los acontecimientos que estamos viendo son consecuentes con lo que los científicos están diciendo sobre el cambio climático». El ministro británico de Medio Ambiente afirma que el calentamiento global «debe tomarse seriamente, ya que de lo contrario las consecuencias serán devastadoras». Expertos británicos han sugerido que, en lugar de tener un verano muy caluroso cada cien años, en unos pocos años tendremos dos veranos muy calurosos cada tres años. Los ecologistas obviamente creen que la evidencia es clara: nos dirigimos hacia un desastre global.

No obstante, antes de que nos desesperemos con demasiada intensidad, vale la pena considerar que nuestra primera preocupación debe ser evaluar la información que estamos recibiendo. La historia que nos cuentan no es tan veraz como puede parecer. Nadie duda de que hay muchos aspectos negativos en la manera en que los humanos han estado utilizando los recursos naturales durante la última generación. En principio, los ecologistas indudablemente están

en lo cierto. Pero cuando empiezan a actuar como profetas, entonces debe surgir la duda. En primer lugar, debemos reconocer que las fuerzas de la ideología están muy activas aún entre los ecologistas. La negativa del Gobierno norteamericano desde 2001 de cumplir con los acuerdos tecnológicos elaborados en Kioto atrajo de inmediato la atención de los radicales, que afirmaron que el calentamiento global es culpa de los países ricos del mundo. Por supuesto, siempre es políticamente correcto atacar a los países ricos.

De hecho, existe mucho más desacuerdo entre los expertos de lo que los grupos de presión ideológica admitirán. Y, por extraño que parezca, en lugar de calentamiento global puede que lo que nos aguarde sea un enfriamiento global. En desafío al calentamiento, muchas partes del globo se están de hecho enfriando. Los destacados puntos fríos, encontrados desde Canadá a China, causan quebraderos de cabeza a los políticos, que quieren controlar las emisiones de coches y fábricas a las cuales se las hace responsables de sofocar el globo y aumentar las temperaturas. Es interesante destacar que, en 1977, cuando el presidente Jimmy Carter designó a James Schlesinger como jefe de Energía, la principal preocupación de la Administración estadounidense era el enfriamiento global. La Administración norteamericana afirmó entonces que «el momento actual de altas temperaturas debería derivar hacia su fin... dirigiéndose hacia la próxima era glacial». De hecho, alrededor de 17.000 científicos firmaron por entonces una petición oponiéndose al Protocolo de Kioto y negando la evidencia de que el calentamiento atmosférico se debiera a causa humana. De los 17.000 firmantes, 2.660 eran físicos, geofísicos, climatólogos, oceanógrafos y científicos ambientales. Alrededor de 5.000 más eran científicos especializados en química, bioquímica, biología y otras ciencias de la vida.

Ellos no eran los únicos disidentes. Los que piensan que digo tonterías deberían mirar con atención el último informe publicado el 28 de julio de 2003 por un grupo de expertos estadounidenses asentados en California sugiriendo que la evidencia de un desastre global es muy poco fiable. Dicen, por ejemplo, que no hay conexión entre calentamiento y mortalidad anormal. Un estudio de 28 ciudades norteamericanas muestra que la mortalidad asociada con el calor declinó en 22 de ellos durante los años 80. Los expertos concluyen que la evidencia que existe para un calentamiento desastroso es poco fiable y que el calentamiento es un fenómeno normal: «La tierra pasa por períodos de calentamiento global, tal como pasa por los de enfriamiento global». El aire caliente que planea sobre la tierra, según otro meteorólogo, ha nacido de la fantasía de ecologistas y no de un deterioro súbito del medio ambiente. Para expresarlo en otras palabras: indiscutiblemente, hay evidencia de que el calentamiento global está ocurriendo, pero no hay una evidencia fiable de que tendrá consecuencias catastróficas.

Las alarmas sobre el cambio climático me traen a la memoria otra pequeña

fantasía que solía circular, especialmente entre historiadores. Los historiadores son habitualmente gente inteligente pero a menudo somos capaces de la mayor credulidad. En especial cuando se trata de asuntos de cambio climático. En los años 70 unos cuantos prominentes historiadores europeos sugirieron que había evidencia de un importante descenso de las temperaturas en algunas zonas y en algunos años durante la Baja Edad Media y la Edad Moderna. Era un argumento interesante, y citaron evidencias interesantes de cuanto se conocía sobre el movimiento de los glaciares y de los análisis de los anillos de los árboles. Muy pronto, sin embargo, esta interesante hipótesis se transformó en un dogma, el de la Pequeña Edad Glacial. Otros historiadores que nunca se habían molestado en examinar la evidencia, empezaron a escribir cosas como: «Es ahora aceptado universalmente que la Pequeña Edad Glacial aconteció por todo el globo». Un escritor de temas científicos describía en el Washington Post cómo «por todo el mundo, desde Noruega a Nueva Zelanda, los glaciares en zonas montañosas avanzaban. En partes de Europa y América del Norte, las temperaturas caían en picado y comenzaba el clima severo». El mundo prácticamente se congeló. ¿Y por cuánto tiempo iba esto a durar? Ese no era el problema. Cien años, decían algunos escritores; 600, decían otros.

El aspecto intrigante de esta fantasía es que casi no existe evidencia para sostenerla. Algunos investigadores serios, como el erudito suizo Christian Pfister, han dado con evidencias sólidas para una serie de acontecimientos en Europa relacionados con la actividad glacial. Pero otros escritores no se molestaron buscando hechos. Optaron por la pura fantasía, sobre una Pequeña Edad Glacial en Perú, en Africa, en Australia. El principal divulgador de esta fantasía es un norteamericano llamado Brian Fagan. En su popular libro titulado *The Little Ice Age (La Pequeña Edad Glacial)* (2000) escribe que precisamente durante el famoso Siglo de Oro del Imperio español «tal como las condiciones climáticas se deterioraban, una mezcla letal de desgracias se sucedía sobre la población europea. Las cosechas se perdían y el ganado perecía de las enfermedades que provocaba el clima anormal. Detrás llegó el hambre, que como consecuencia acarreó epidemias y motines del pan, y el desorden general trajo el miedo y la desconfianza. Brotaban acusaciones de brujería porque la gente acusaba a sus vecinos de ocasionar el mal tiempo».

Eso, por supuesto, era la consecuencia de un enfriamiento global que se suponía había de durar 600 años. Mientras escribo estas líneas, aún estoy sufriendo el asalto del calentamiento de este verano. Pero espero que no dure 600 años. Y aunque puede que las cosechas se pierdan y los animales mueran, yo espero que no veamos un resurgimiento de acusaciones de brujería. ¿O tal vez sí?

Henry Kamen es historiador británico, autor de Imperio. La forja de España como potencial mundial (Aguilar, 2003).